

# LA INGRATITUD DE SARMIENTO

*Juan Carlos Casas*

STOCKCERO

A863 Casas, Juan Carlos  
CAS La ingratitud de Sarmiento.-  
1°. ed.- Buenos Aires : Stock Cero,  
2003.  
256 p. ; 23x16 cm.  
ISBN 987-20506-8-6  
I. Título - 1. Novela Histórica  
Argentina

Copyright © Juan Carlos Casas 1998

1° edición: 2003

Stockcero

ISBN N° 987-20506-8-6

Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

# LA INGRATITUD DE SARMIENTO

*Juan Carlos Casas*



*A mi madre y a mi abuelo y  
padre Nicanor de Elía*



*“¡Honor y gratitud al gran Sarmiento!  
¡Honor y gratitud, y gratitud!”*



*Sarmiento disfrazado de argelino*



# CAPÍTULO I

*Donde Sarmiento pierde a Arcos  
y se queda sin dinero.  
Comienza el viaje a Pittsburgh  
y aparece Marjorie D'Aventour.*

—¡Mierda, mierda y mierda! ¡Me cago en Arcos! ¡Cabro huevón! —exclamó Sarmiento al leer la escueta nota—. “Lo aguardo en Pittsburgh” —volvió a leer—. ¡*Malheureux!* —exclamó acongojado—. “¡Cincuenta leguas de Chambersburg a Pittsburgh, los Alleghenies de por medio, diez pesos cuesta la diligencia y no cuento sino con tres o cuatro en el bolsillo, a gatas para pagar el hotel!” —pensó cada vez más preocupado—. “El que con chicos se acuesta...”, reflexionó refiriéndose a que Arcos era doce años menor que él.

Así mascullaba Domingo Faustino Sarmiento ese 18 de octubre de 1847 en la posta de Chambersburg, pequeño pueblo de Pennsylvania. Se había quedado en encontrar en Harrisburg, la capital del estado, con Santiago Arcos, su compañero de viaje del que se había separado para visitar Washington. Allí Sarmiento se había demorado un día de más, informándose sobre la política del país. Cuando llegó a Harrisburg se encontró con una primera di-

ficultad: a diferencia de todas las ciudades norteamericanas que Arcos y él habían conocido, no existía allí United States Hotel alguno y era imposible por lo tanto encontrarse en él con Arcos, tal como habían convenido.

Sarmiento había arribado hacía poco más de un mes a Nueva York. Se había embarcado en diciembre de 1845 en Valparaíso rumbo a Montevideo, donde llegó tras 49 días de navegación. Montevideo estaba entonces sitiada por el ejército argentino y uruguayo, federal y blanco comandado por el presidente oriental, el sanguinario general Manuel Oribe; y defendida por una coalición de uruguayos colorados, argentinos unitarios, franceses, italianos y vascos. Sarmiento pudo conocer allí a sus compatriotas unitarios del litoral argentino, y sus poco diferenciados aliados colorados. Tras corta estadía, se embarcó hacia Río de Janeiro, y allí se encuentra en febrero del año 46. En marzo siguió viaje rumbo a Le Havre donde llega el 6 de mayo, después de dos meses de navegación. En el Viejo Continente, Sarmiento permanecería 15 meses viajando incansablemente por Francia, España, Argelia, Italia, Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica e Inglaterra. En Liverpool, el 17 de agosto de 1847, se embarcó en el Moctezuma rumbo a Nueva York para “contemplar de cerca el único lugar donde Dios se sobrepasó a sí mismo”, en el que “la República existe, fuerte e invencible”, como más tarde escribió a Valentín Alsina. Nuestro viajero llegó el 15 de septiembre y allí reanudó el trajín viajando en vapor a través de ríos, lagos y bahías, en ferrocarril y en diligencia a Buffalo, las cataratas del Niágara, Montreal, Boston, Nueva York nuevamente, Filadelfia, Baltimore, Washington, alcanzando el modesto y casi fatídico pueblo de Chambersburg en el estado de Pennsylvania ese 18 de octubre, donde empiezan a desarrollarse los sucesos que se relatarán.

Sarmiento y el chileno Santiago Arcos, su compañero de viaje en los Estados Unidos a partir de su segunda estadía en Nueva York, habían advertido que no existía en ese país ciudad donde no hubiera un United States Hotel, motivo por el cual lo eligieron

como lugar donde encontrarse en Harrisburg. Pero Harrisburg, capital del estado de Pennsylvania, resultó ser la excepción a la regla.

Al descubrir que no había hotel con ese nombre en la ciudad, Sarmiento optó por dirigirse al hotel de la posta. Allí encontró el lacónico mensaje que le había dejado Arcos: “Lo espero en Chambersburg”. Contrariado, Sarmiento toma el tren, llega al modesto pueblo de Chambersburg, distante sesenta millas al sudoeste, y no encontrando tampoco al United States Hotel, recorre las posadas preguntando por su amigo, aunque todo es inútil. Arcos no aparece por ningún lado. La creciente inquietud de Sarmiento se debe, mucho más que por la suerte que pueda haber corrido su joven amigo, porque imprudentemente, la bolsa común con el dinero de ambos había quedado en manos de Arcos. El sanjuanino había extraído 30 o 40 pesos o dólares, pues por entonces, igual que ahora, lo mismo valían, para costear los gastos de su desvío a Washington. Pero ese dinero estaba ya cercano al agotamiento según se dijo antes.

“También, cómo lo voy a encontrar preguntando por un español si el chileno habla inglés a la perfección, mucho mejor por cierto que estos gangosos yanquis”, pensó Sarmiento.

Fue nuevamente en la posta donde encontró el nuevo mensaje. Con dificultad, dado su pobre inglés, consiguió que el maestro de posta comprendiera sus preguntas acerca de la partida de su apurado amigo. El tipo le explicó hablando con lentitud y en la forma más clara posible para que Sarmiento le entendiera, que Arcos, al no haber encontrado lugar dentro de la diligencia pero urgido por seguir viaje a Pittsburgh, se había metido en la bolsa de heno para los caballos que ponen en el techo del vehículo. A diferencia de las inglesas y de otros países, las diligencias norteamericanas no llevaban pasajeros en el techo. La causa era que los caminos norteamericanos distaban de los macadamizados ingleses y a fin de mejorar su estabilidad y prevenir vuelcos, que de todas maneras ocurrían, los carruajes eran bajos y parecidos a

una barcaza fluvial. Otro motivo era que, corriendo los caminos entre espesos bosques, las ramas barrían el techo del vehículo y de haber pasajeros, también a éstos. El admitir a Arcos en el techo contravenía las normas en la materia. Quizá dada su delgadez lo habían admitido.

—Dígame una cosa, señor —”en este país todos son señores”, pensó Sarmiento mientras buscaba las palabras adecuadas en inglés—, mi amigo tiene mi dinero. ¿Podría pagar yo el pasaje en Pittsburgh, donde él me está esperando?

El maestro de posta miró de arriba abajo al curioso extranjero que tenía delante. “¿De dónde será el tipo éste? Con esa barba (los yanquis se rasuraban por completo por entonces) ha de ser judío o algo así. No, imposible fiarle. Si no cumple, seré yo el responsable y diez dólares es más de lo que gano en una semana”, pensó. Y declarando que lo sentía muchísimo no aceptó la propuesta de Sarmiento, explicándole que él era un simple empleado, aclaración innecesaria puesto que Sarmiento ya se había percatado de ello, y que no tenía autorización de su patrón para tal cosa.

—Pero le dejo mi valija en garantía. Hay cosas de valor adentro. No corre riesgo alguno —insistió Sarmiento.

No tuvo mejor suerte. Tras despedirse mecánicamente, Sarmiento se alejó maldiciendo una vez más a Arcos y al momento en que había aceptado la propuesta del muchacho de seguir juntos el viaje hasta volver a Valparaíso, mientras espantaba los cerdos que hozaban en el medio de la calle. Camino más que calle, flanqueado aquí y allá por alguna casa del pueblo, que tampoco era pueblo para Sarmiento al no estar las casas, todas de madera impecablemente pintadas, pegadas unas con otras como en la América ex española, sino separadas entre sí por amplios terrenos con frutales o el mismo bosque primigenio que cubría todo el este norteamericano. “Dicen que una ardilla puede ir desde el Atlántico hasta el Mississippi sin bajarse de los árboles”, recordó Sarmiento.

Iba en dirección a la posada donde se había alojado. En la in-

tersección con otro camino, arriba de una loma en la que se había despejado el inmenso bosque, se levantaba la iglesia metodista, ¿o sería episcopal, o bautista, o cuáquera?, con su espigado campanario pintado pulcramente de blanco. Muy cerca se veía un gran edificio de piedra oscura cubierta en parte por enredadera.

“¿Qué mosca le habrá picado al chileno de mierda que no me pudo esperar un día? ¡Qué un día! Apenas ocho horas de diferencia entre la llegada de su tren y la del mío. Claro, él, tan impaciente, aprovechó la diligencia que salía poco después de su llegada y se trepó al techo del carruaje. ¡Dos días con sus noches metido en ese saco! Pendejo atolondrado e irresponsable; y yo más irresponsable todavía en dejarle lo poco que me queda para seguir viaje.” Así monologaba Sarmiento mientras pateaba una piedra una y otra vez durante su caminata. “Es que el muchacho me resultó simpático, debió admitir. Sí, muy simpático y alegre.

“Señor Sarmiento, me dijo, nada me gustaría más que acompañar a una personalidad como la suya en su viaje de regreso a Santiago. Yo no he vuelto allí desde niño y no conozco a nadie, de modo que espero que oficie como introductor en los ambientes culturales y periodísticos donde usted brilla’. Y el muchacho así me compró diciendo esas y otras zalamerías. Soy, indudablemente, un huevón. Un gran huevón, sí. Claro, me resultaba cómodo, debo reconocer, por cuanto el calvo domina el inglés, detalle muy importante, dadas mis grandes limitaciones en ese maldito idioma, y, además, por no tener que viajar sólo en este mundo desconocido. Pero mi gran huevada fue darle la plata que me resta. Lo peor es que la idea fue mía. Y Sarmiento recordó: ‘Juntemos la tuya con la mía. Dos personas viajando juntas gastan menos que haciéndolo por separado’. Así le dije, y si bien lo segundo es cierto, de ello no se concluye que fuera necesario ni conveniente juntar nuestros fondos y menos que menos dárselos a ese cabro que resultó ser la persona más atolondrada del mundo. Más conociendo lo que se dice del gallego Antonio Arcos, su padre, mal recordado en Santiago por su inescrupulosidad. ¡Qué

inescrupulosidad! Conocido por ladrón para llamar las cosas por su nombre, por lo que tuvo que huir a Mendoza, de allí a Río de Janeiro y después a París donde todavía vive.

”Nadie va preso por estafar al estado en Chile. ¡Qué cosa! Por su amistad con O’Higgins y sobre todo porque su ministro de Hacienda, Rodríguez Aldea, era su cómplice en las tramoyas que hacían juntos. Con esos antecedentes, ya lo veo a su hijo Santiago contento por haberse quedado con el escaso haber, apenas veintidós guineas, de un estúpido incauto como yo.”

Tras un momento de reflexión, siguió pensando: “Pero no, si el viejo, ese ladrón, es hoy un banquero millonario, ¿para qué se va a arriesgar a quitarme esa poca plata? No, no tiene sentido. Dichoso el hijo honesto del padre deshonesto, decía creo que Cervantes. Y rico, debería añadir.

”Además que, en verdad, los fondos de Santiago que juntó con los míos eran mayores, cuatrocientos pesos lo que, debo confesar, me tentó de alguna manera. A todo ello hay que agregar que me dio más confianza el hecho de que Santiago fuera un socialista utópico, obnubilado por las ideas de Saint Simon, Fourier y Owen acerca de cómo mejorar la condición económica y social del pueblo. Y pese a haber conocido el fracaso del experimento de Frances Wright con su comunidad mixta de blancos y negros en Tennessee, pretende organizar falansterios similares en Chile. ¡Justo en Chile donde la gente es todavía feudal y tan conservadora! Lo que nos ha permitido a media docena de argentinos exilados encaramarnos cerca de la cúspide del poder. Por otra parte, no le conviene quedar mal conmigo pues mi amistad le interesa sobremanera para que lo introduzca en los medios periodísticos de Santiago cuando volvamos. No conoce a nadie allí, por cuanto viajó a París tan chico que el francés fue su primer idioma. Pero más allá de todo esto, estoy seguro de que no pretenderá estafarme. Sería idiota y, a la larga, perjudicial para él.”

Tranquilizado por esta conclusión, Sarmiento siguió pensando. “¿Pero hasta que encuentre a Santiago, qué haré abandona-

do en este pueblo tierra adentro de este país sin un cobre, donde nadie me conoce y a gatas puedo hacerme entender?”

Llegó al hotel. Una modesta posada, de madera, obviamente. El dueño estaba sentado en un sillón hamaca en la galería del frente que da al camino, tirado hacia atrás y con los pies sobre la mesa, leyendo el diario y mascando tabaco, lo que era evidente por las escupidas que lo rodeaban. Como todo pueblo que se respetaba, Chambersburg tenía un diario al menos. Sarmiento le contó sus cuitas y repitió la propuesta hecha al maestro de posta: diez dólares prestados para el pasaje y le ofrecía algunos objetos de valor en prenda.

—Mm-mm —le contestó el posadero meneando negativamente la cabeza, el estilo yanqui de decir que no—. No, vea, señor, usted comprenderá, pero me resulta imposible aceptar su propuesta. Me doy cuenta de su situación. Entiéndalo señor, yo soy un simple posadero y no un prestamista. Pero se me ocurre una solución: ¿por qué no le manda un telegrama a su amigo? Él podría pagarle su pasaje allá y la compañía de diligencias puede avisar a la posta de aquí para que lo dejen subir.

“¡Brillante idea! —pensó Sarmiento—. Maravillas de los nuevos inventos. ¡Tanto lo estudiaron en Francia, Alemania y Escocia pero tuvo que venir este yanqui Morse para ponerlo en práctica, al no interesarse el gobierno en explotar el invento! ‘No es función del Estado meterse en negocios privados’, se adujo con razón. Morse formó una compañía, juntó capitales y cuatro años atrás tendió la primera línea experimental de Washington a Baltimore y desde entonces ha tendido hilos por todo el país. ¡Y ni siquiera es un científico ni un negociante sino un simple pintor, retratista, para mayores datos! La gente de este país tiene una inventiva admirable.”

El posadero le indicó dónde estaba el telégrafo, casi enfrente, y hacia allí se dirigió Sarmiento con mucho más optimismo. Cruzó a grandes zancadas la calle y entró en la oficina, una sencilla casilla de madera. “En este país no gastan en lujos”, pensó

Sarmiento al recordar los imponentes edificios del correo francés. El posadero lo había seguido y explicó al telegrafista el problema de Sarmiento. Éste le extendió un formulario y un lápiz, que dejó en un pequeño pupitre en la especie de cerco de madera que dividía la oficina. Sarmiento, sin pensarlo más, comenzó a escribir a su amigo. “No sea usted animal...” fue lo mejor que se le ocurrió como prólogo. El telegrafista tomó el papel, lo leyó sin entender nada y le preguntó la dirección del destinatario. El United States Hotel, informó Sarmiento, pero ante su experiencia en Harrisburg, pidió que se lo buscara en todos los hoteles de la ciudad.

Poco después Sarmiento comenzó a oír los golpecitos correspondientes a su mensaje que con la velocidad del rayo, él imaginaba, cruzando ríos, bosques y los Alleghenies llegaban a Pittsburgh en el mismo momento. Otros golpecitos se oían correspondientes a mensajes que seguían hacia otros puntos, que el empleado no anotaba por no venir precedidos de la clave correspondiente.

“¡Qué maravilla este país! Mientras en Francia el telégrafo es para el uso exclusivo del gobierno; y dicen que es asunto de Estado, aquí es simplemente un negocio más en el que el gobierno se abstuvo de intervenir, siendo un simple cliente cualquiera. En Francia apenas hay una línea experimental entre París y Ruán mientras aquí ya hay tres mil millas tendidas y pronto han de ser diez mil.”

En estas y otras cosas pensaba Sarmiento, y cuando ya había pasado un buen rato, el telegrafista le dijo que iba a pedir por la respuesta a su telegrama. “¿Qué hay del joven Arcos que se mandó a buscar?”, fue la pregunta que hizo el telegrafista a su colega. Se oyó la señal del mensaje para Chambersburg. “Contestan”, le dijo el oficinista acercándose al aparato, cuyo punzón trazaba puntos y líneas sobre la tira de papel. Sarmiento esperaba el resultado con gran expectativa. El telegrafista leyó: “No se lo encuentra en ningún hotel de Filadelfia.”



—¿¡Cómo Filadelfia!? —¡El telegrama debió dirigirse a Pittsburgh! —clamó Sarmiento enojadísimo—. ¿No se lo indicó así el posadero?

—Usted no me lo dijo, señor. Y como es en Filadelfia donde está la sede de la compañía de diligencias, pensé que debía enviar el telegrama allí. Pero no se preocupe. Mando de inmediato su telegrama a Pittsburgh, señor —le dijo el telegrafista, apesadumbrado por su error.

Ya se aprestaba a hacerlo cuando el gran reloj comenzó a dar campanadas. El empleado hizo un gesto de disgusto, y anunció a Sarmiento que la oficina de Pittsburg estaba cerrando y que debían esperar hasta las ocho de la mañana del día siguiente. Un poco avergonzado, le informó además al frustrado remitente que debía la bonita suma de 44 centavos. Sarmiento extrajo de su bolsillo monedas, y de mala manera dejó las correspondientes sobre el mostrador pensando que con las mismas podría haberse regalado un buen almuerzo. Sin decir palabra, y ni siquiera mirar al empleado, salió dando un portazo.

Entró en el hospedaje con cara de pocos amigos, como es de imaginar. El posadero se mostró interesado en conocer el resultado de la gestión de Sarmiento. Éste no pudo resistir más y se descargó profiriendo toda clase de improperios, en castellano, pues es el propio idioma en el que uno puede desahogar las grandes pasiones. Por otra parte, sólo *goddam* y *shit* conocía en inglés, que distaban de serle suficientes.

El posadero lo escuchaba con aire azorado, poco habituado a esas exteriorizaciones de las pasiones meridionales. Le hizo señas para que se apaciguara y salió corriendo a la calle, seguro que para buscar a la policía, pensó Sarmiento, ahora doblemente preocupado, no fuera que sus huesos fueran a parar a la celda de alguna prisión yanqui. Pero no, no era policía quien volvió con el posadero pasados algunos minutos.

Era un individuo alto y delgado, quien al sacarse la galera dejó ver una pluma detrás de su oreja. Vestía levita gris oscura y pan-

talón más claro. Con tono frío y seco preguntó a Sarmiento qué le ocurría, en inglés primero, en francés luego y hasta intentó hacerlo en castellano. Sarmiento repitió una vez más su drama y le rogó al recién llegado, mister Leslie se llamaba, que intercediese en la posta para que aceptaran tomar su reloj y otros objetos como garantía del pasaje a Pittsburgh.

Mister Leslie lo escuchó impasible y, tras un momento de reflexión, le dijo en bastante correcto francés:

—Señor, lo único que puedo hacer por usted —aquí Sarmiento pensó que escucharía una nueva negativa— es pagarle el hotel y el pasaje hasta Pittsburgh. Allí usted deberá depositar en mi cuenta en el Merchants Manufacturing Bank el importe que le facilito. —Y tomando un papel del mostrador y sopando en el tintero la pluma que sacó de detrás de la oreja, escribió el nombre del banco, su dirección y el nombre de la cuenta.

Sarmiento debió tomarse su tiempo para absorber tan excelente e inesperada noticia.

—Señor, no sabe lo que le agradezco; pero usted no me conoce y si puedo dejarle alguna garantía...

—De ningún modo. Vea, señor, me consta que las personas en su situación no engañan nunca. —Y se despidió prometiendo volver enseguida.

En efecto, no pasó mucho tiempo, tiempo que aprovechó Sarmiento, ya aliviado de sus pesares, para proveerse de cigarros y comprar, por un real, manzanas que engulló rápidamente sin molestarse en pelarlas. Cuando regresó, el caballero Leslie volvía cargado de libros que prestó a Sarmiento. Uno de Quevedo, en castellano, otro del Tasso, en italiano; y un par de mamotretos en francés. Preguntó a Sarmiento en este último idioma y a ratos en un más trabajoso castellano (“al hombre le gusta sin duda exhibir sus conocimientos idiomáticos”, pensó Sarmiento) acerca de su viaje, y hablaron de literatura, informando que conocía latín y griego. “¡Qué cultura la de este país; en un simple pueblo como éste hay gente que conoce varias lenguas vivas y muertas, tiene li-

bros clásicos en distintos idiomas y, además, la gentileza de prestarlos a un desconocido y, para peor, extranjero”, reflexionó el sanjuanino.

A la mañana siguiente reapareció Leslie con un motivo más interesante para Sarmiento: entregarle cinco billetes de cinco dólares cada uno. Sarmiento no quería aceptar más de quince puesto que, en definitiva, sólo precisaba diez dólares para el pasaje; lo que tenía alcanzaba para el hotel. Su resistencia fue inútil, ya que Leslie insistió con firmeza y hasta se los metió en el bolsillo con una oposición estudiadamente débil del argentino. Una vez que se despidió de su bienhechor, anotó el préstamo de Leslie en el cuaderno donde anotaba minuciosamente cuanto gasto hacía por pequeño que fuera, inclusive algunos no tan pequeños, por ejemplo los non sanctos, anotados bajo el rubro “orgía”, gastos en los que había incurrido algunas veces en Europa.

Sarmiento pronto pudo verificar que su suerte mejoraba. Fue a la posta y consiguió un asiento en la diligencia que salía hacia Pittsburgh esa misma tarde. A mediados de ese mes de octubre de 1847, otoño en el hemisferio boreal, los días se acortan y cuando abordó el coche ya anocheecía y apenas vio los rostros de sus compañeros de travesía, más que por la creciente oscuridad, por el apuro y excitación de poder recomenzar su viaje tras la desagradable experiencia de quedarse sin dinero.

Los caballos arrancaron con vigoroso trote, pero la marcha del carronato pronto se hizo más lenta, pues a medida que subía las primeras estribaciones de los Alleghenies, los caballos debían pasar del trote al paso. Dos pasajeros conversaban sobre negocios inmobiliarios, pero a Sarmiento le resultó imposible seguir la conversación. Una señora sentada cerca susurraba algo a una chica. Los demás pasajeros dormitaban aprovechando que la marcha era lenta y el movimiento del coche no los vapuleaba demasiado. Habrían pasado dos horas largas cuando el carruaje se detuvo. Se daba un descanso y heno a los caballos. Los pasajeros bajaron y se

dispersaron rápidamente, ellos hacia un lado, ellas hacia el otro, según una ley universal que rige para estas ocasiones. Al volver Sarmiento, aliviado, hacia el vehículo y antes de ascender a él, la mujer que se sentaba cerca se dirigió a él en francés para decirle:

—El paisaje es bellissimo en este punto. Estamos en la cumbre de las Tuscarora Mountains, la primera cadena de los Alleghenies.

Sarmiento describió el paisaje en su carta a Valentín Alsina con su inimitable estilo y particular grafía, admitida parcialmente por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, como sigue:

“... descendí tras los otros, i pude gozar en efecto de uno de los espectáculos mas bellos i apacibles de la naturaleza. Los montes Alleghenies están cubiertos hasta la cima de una frondosa i espesa vejetacion; las copas de los árboles de las lomadas inferiores, iluminadas de lo alto por la luz de la luna, presentaban el aspecto de un mar nebuloso i azulado, que por el cambio continuo del espectador iba desarrollando sus olas silenciosas i oscuras, sintiéndose, sin embargo, aquella escitación que causa en el ánimo la vista de objetos que se conocen i comprenden, pero que no pueden discernirse bien, porque el órgano no alcanza o la luz es incierta i vagarosa”.

Se quedaron ambos, así como otros pasajeros, admirando el espectáculo durante unos momentos hasta que Sarmiento, que venía alimentando una duda, la quiso dilucidar. Se dirigió a la mujer que le había hablado, a la que, en la semioscuridad, apenas podía entrever aunque advirtió que era de buena planta, casi tan alta como él.

—Perdón, señora —dijo Sarmiento en francés—, ¿cómo ha sabido usted que yo hablo francés?

En ese momento el cochero anunció que reanudaban el viaje.

—Ya era tiempo, porque está bastante fresco —dijo la dama, dirigiéndose siempre a Sarmiento quien le ofreció la mano para subir al carruaje. Detrás de la señora subió una niña. De noche y

en la montaña la temperatura era bastante baja en ese día de avanzado otoño. El pasajero sentado entre Sarmiento y la dama, amablemente se ofreció a correrse para dejarlo junto a ella al advertir que, puesto que se hablaban, debían ser conocidos, amigos o parientes. La dama le agradeció vivamente dado que el asiento del medio era el preferido. Volcar era un riesgo de ninguna manera improbable, en cuyo caso el pasajero del medio sólo recibe el peso de un pasajero mientras que sentado en el costado y volcando sobre ese lado, recibe el de dos.

La desconocida, se dirigió a Sarmiento con voz un tanto tímida y, siempre en francés, respondió inconexamente a la pregunta del sanjuanino:

—En cuanto a su pregunta, entiendo, señor, que usted atraviesa algunas dificultades económicas.

—¿Yo? No, para nada, señora —contestó Sarmiento con aplomo y a la vez cierto disgusto. Su orgullo le parecía menoscabado ante la mujer que, por lo visto, conocía sus aprietos financieros.

Ella, con turbación, le dijo:

—Discúlpeme, señor, si le he hecho una pregunta indiscreta, pero sabe usted que nuestras casas de madera son igualmente indiscretas y no pude dejar de escuchar anoche, en la posada de Chambersburg, donde yo también paraba, lo que usted contaba a un caballero.

—En efecto, señora, pero entonces usted habrá sabido también que mi problema quedó resuelto.

—Algo me dijo el posadero y puesto que usted está en la diligencia, me imagino que en efecto habrá hallado alguna solución.

Sarmiento entonces la puso al corriente de sus desencuentros con Arcos y de la feliz intervención de mister Leslie.

—Bueno, me alegra saberlo. La verdad es que había quedado preocupada, pero permítame preguntarle algo más: ¿qué piensa hacer usted de no encontrar a su compañero de viaje en Pittsburgh?

—¡Tiemblo de sospechar que tal cosa sea posible, señora! En tal caso iría a Nueva York, donde tengo conocidos.

—¿Y por qué no continuar su viaje adelante? —preguntó ella, con voz ya mucho más decidida y que trasuntaba cierta ansiedad.

—¿Continuar mi viaje adelante? ¿Qué quiere decir usted con eso, madame?

—Supongo que usted pretende ir hacia Nueva Orleans —Sarmiento asintió—. Y bien, la propuesta es que no desista de su propósito en caso de no encontrar en Pittsburgh a su amigo.

—Pero señora, ¿cómo voy a continuar adentrándome en un país desconocido y sin dinero?

—Vea, le digo esto porque yo voy a Nueva Orleans, a Baton Rouge más exactamente. Tengo mi casa a cinco millas de la ciudad y deseaba ofrecérsela a usted. Iba a proponérselo anoche, pero dada la feliz intervención de mister Leslie me abstuve. En mi plantación usted podría buscar a su amigo con tiempo; y, de no encontrarlo, escribir a su país y aguardar a que le manden lo que precisa.

Mil ideas empezaron a bullir simultáneamente en la mente de Sarmiento. “En toda mi vida, y ya llevo 36 años, me he visto en una situación como ésta. Veo que el caritativo mister Leslie tiene imitadores. Las norteamericanas son muy liberales, ya lo sabía, pero llegar a esta propuesta... ¡Qué absurdo proponerme que me aleje dos mil millas de donde está Arcos para buscarlo con tiempo! Aunque esta gente es tan nómada... ¿O es que yo le habré despertado súbitamente otro tipo de interés? Pero, ¿qué interés puede tener esta yanqui en un extranjero como yo y sin un peso? Y no creo que se pueda haber enamorado de mí tan súbitamente; ni siquiera me ha visto a la luz del día.”

Ella, quizás adivinando lo que Sarmiento pensaba, agregó:

—Voy hacia allá para poner orden en mis cosas. Muy probablemente venda todo y vuelva aquí con mi madre. Perdí a mi marido hace poco, sabe, quien nos dejó solas a mi hijita —y señaló

hacia el asiento opuesto, del que no se veía nada— y a mí.

—Cuánto lo siento —dijo maquinalmente Sarmiento, quien registró con rapidez que la mujer era viuda.

—Cathie tiene nueve años, pobrecita —siguió explicando la mujer—. *Say hello to the gentleman, Cathie darling*. —Del lugar oscuro donde se suponía que estaba Cathie *darling*, surgió un gruñido que, Sarmiento quiso suponer, era un *hello*. De haber habido luz habría visto que la chica lo miraba con extrema desconfianza.

Sarmiento quiso retribuirle el saludo y a tientas intentó acariciarle la cabeza, lo que no consiguió, pues la adorable criatura esquivó su mano. El frustrado Sarmiento, que adivinó la actitud de Cathie, intuitivamente reconoció una enemiga en ella. La reciente viudez de la mujer apartó el mal pensamiento (o no tan malo) que había asomado en su espíritu previamente. “Es la madre, no la mujer, la que ofrece asilo doméstico a un desconocido, que también debe tener madre,” se dijo en tono elevado y hasta poético.

La cabeza de la mujer y madre era atravesada por otros pensamientos acerca del mujeriego, pendenciero y jugador de su marido. Sus continuas ausencias por varios días pretextando supuestos negocios. Su aparición aquél día con otra mujer y la pelea que siguió cuando ella la echó y se fue detrás. Esto la decidió a abandonarlo y partir al norte, a Pennsylvania, a la casa de su madre cerca de Chambersburg junto con su hija Cathie. Unas semanas antes había recibido la noticia de la muerte de su marido en un duelo acaecido en Nueva Orleans. “Una trifulca habrá sido, pensó despectivamente la mujer”. “Pero, ¿será prudente invitar a mi casa a un extranjero que no conozco? —se preguntó—. Sin embargo, aunque un tanto estafalario con su barba, parece ser una buena persona. Además, ¿no le ofreció Jesús el agua de la vida a la samaritana, siendo los samaritanos enemigos de los judíos?”

Sarmiento, después de haber santificado la oferta recibida por el carácter de madre de quien la hacía, se despojó de sus reservas

y pasó a hablar con su compañera con mayor naturalidad. Como primera medida decidió presentarse: “*Mon nom est Domingo Faustino Sarmiento. Je suis sudaméricain et j’habite au Chili*”. También lo hizo ella quien dio su nombre: Marjorie d’Aventour, su extinto marido era de origen francés de Nueva Orleans y ella era yanqui de Pennsylvania, nacida Merryweather, sus padres eran granjeros, de los cuales sólo vivía su madre, cerca de Chambersburg.

Ahora, en rápido descenso, el coche avanzaba de prisa en el irregular camino, con el fragor y bamboleo que ahoga cualquier intento de conversación e impide todo propósito de dormir. Un rato después, pasada la medianoche, la diligencia se detuvo frente a la posta, una casa de dos plantas, de tejuelas de madera, algo tan común en los Estados Unidos, con un corral al costado. Más allá, se alcanzaba a percibir el inmenso y oscuro bosque. Otra diligencia, que había llegado poco antes que la de nuestros amigos, estaba cambiando caballos, sus pasajeros ya dentro de la casa.

—Aquí podremos comer algo antes de seguir viaje toda la noche —informó Marjorie, quien comentó que había hecho ese viaje varias veces—. Es por ahora la forma más directa de viajar entre Filadelfia y Nueva Orleans —agregó.

—¿Y por mar? —preguntó Sarmiento.

—¡Ah! no me hable del mar... —y Marjorie quedó un momento pensativa—. Le voy a contar una historia mientras comemos.

Los pasajeros comenzaron a bajar, y Marjorie despertó a su hija, bastante crecida para su edad. Sarmiento descendió primero y dio la mano a la madre para ayudarla a bajar. Cathie saltó desechando la mano tendida por Sarmiento, quien siguió entonces a ambas al interior de la casa de posta, pisando la espesa alfombra de hojas secas que todo lo cubre en el otoño norteamericano, que por algo se llama *fall* (caída).

Una vez adentro y tras asearse en los muy sucios y malolientes baños, como era normal en el país, los pasajeros, mujeres primero,



se sentaron en bancos alrededor de una mesa donde ya se habían ubicado previamente algunos pasajeros de la otra diligencia que viajaba en sentido inverso. Los esperaban las habituales vituallas: roast beef, carne de cordero, jamón, salmón, budines varios, especias, salsa de tomates frescos que, ante el horror de Sarmiento, se servían a punta de cuchillo, puré de manzana, pickles, postres y frutas que se comían sin ningún orden preestablecido. En un plato se servían simultáneamente todo lo que deseaban rellenándolo cuantas veces quisieran y tomaban agua, sidra, té, café o ponches. En los Estados Unidos no había llegado aún la costumbre de origen ruso de servir la comida en diferentes platos consecutivos con diferentes contenidos. Algunos pasajeros habían tomado previamente gin o whisky en el bar, cuyos vasos llevaron a la mesa. Imitando a Marjorie, Sarmiento bebió sidra.

—De modo que es usted sudamericano —dijo Marjorie en un francés en el que ahora sí Sarmiento percibió el acento yanqui—. Es una vergüenza lo poco que conocemos a nuestros vecinos del sur. Por vivir en Luisiana sé algo del Caribe, pero no más allá. Cuénteme un poco, señor.

Sarmiento enumeró con rapidez los países de Sudamérica y luego dijo:

—Yo soy de las dos naciones más australes, las más alejadas de aquí. De la Argentina o Río de la Plata por nacimiento, de Chile por residencia. Están separadas por la cordillera de los Andes, una de las más altas del globo. Yo nací en una provincia, San Juan se llama, situada en la falda oriental de la cordillera. Chile está al oeste, ocupando una angosta y larga faja de tierra entre las montañas y el océano Pacífico. No tantos años antes de la independencia de España, mi provincia y otras vecinas formábamos parte de la gobernación de Chile con quien todavía tenemos muchos lazos comunes. El problema de depender de Chile era que durante más de la mitad del año la nieve y las tormentas impiden toda comunicación. Entonces, cuando se creó el Virreinato del Río de la Plata, hace setenta años, esas provincias pasaron a for-

mar parte del nuevo virreinato, con capital en Buenos Aires.

—Buenos Aires... sí, he escuchado el nombre. ¿Es la capital del Brasil, no?

“Esta mujer no entendió nada de lo que le dije”, pensó Sarmiento, un tanto molesto pese a que en Europa ya se había percatado de la confusión geográfica existente respecto de la América del Sud. La corrigió y le repitió con cuidado la explicación anterior, con cierto fastidio. Ella le preguntó entonces:

—Dígame, ¿Buenos Aires realmente tiene tan buenos aires?

—En realidad, señora, no conozco esa ciudad. Buenos Aires está a más de doscientas leguas de mi provincia, ¿sabe?

—¡Doscientas leguas! Pero, entonces, su país es muy grande.

—Sí, lo es. La extensión es nuestro problema. La extensión y la falta de población. La llanura pampeana es chata como un panqueque. Imagínese. Desde Salta, en la frontera norte, hasta Buenos Aires, y de ésta a Mendoza, en la frontera con Chile, hay setecientas leguas sin encontrar obstáculo alguno por caminos en que la mano del hombre apenas ha necesitado cortar algunos árboles y matorrales para que rueden por ellos pesadas carretas. Catorce capitales de provincia están esparcidas aquí y allá en ese enorme desierto —Sarmiento gesticulaba con su brazo para un lado y el otro—, y el desierto entre unas y otras sirve de imprecisos límites entre las distintas provincias. Cada cuatro, ocho o más leguas se encuentra alguna habitación donde vive una familia en la mayor soledad imaginable. El aislamiento impide toda vida social y cultural.

—¿Y los servicios religiosos? —preguntó Marjorie; preocupación típica en una norteamericana.

—Son casi inexistentes. Cuando aparece de tarde en tarde alguna persona decente le presentan niños de meses, de un año y más para que los bauticen, pensando que por su buena educación podrán administrar el sacramento de modo válido. Y no es raro que a la llegada de un sacerdote se le presenten mocetones que vienen domando un potro, a que les ponga el óleo y administre el

bautismo. De cualquier manera, los conocimientos religiosos son elementales en esa gente.

Aquí Sarmiento se detuvo y, tras breve pausa, siguió diciendo:

—Debo decir que los rioplatenses en general poco nos preocupamos por la religión, los hombres, no así las mujeres. Y en cuanto a la extensión del país, ésta será aún mayor en el futuro, pues al norte y al sur hay indios salvajes que en algún momento serán exterminados y expulsados lo mismo que se ha hecho en este país. Estos indios, cual enjambres de hienas, caen en las noches de luna sobre las escasas e indefensas poblaciones para robar ganado y cautivar mujeres y niños que son llevados con ellos de vuelta a sus aduanares. También atacan las caravanas de carretas o las arrias de mulas que atraviesan la pampa, esa imagen del mar en la tierra, tierra que aguarda que se le mande producir las plantas y toda clase de simiente. Y ello ocurrirá cuando expulsemos completamente a los salvajes —recitó el sanjuanino, que empleó las mismas palabras escritas en Facundo.

—Otra semejanza entonces con América —Marjorie, mujer de mundo al fin, se apercibe de que Sudamérica es también parte de América o de las Américas como las llaman los norteamericanos y agrega: —Me refiero a los Estados Unidos.

—Hay semejanzas, en efecto, pero muchas diferencias también, casi siempre desfavorables para nosotros debo confesar. Pero volviendo a Buenos Aires, por la distancia, como le decía, y otras razones nunca he viajado allá. En este viaje, cuando iba hacia Europa, conocí Montevideo, ciudad que queda sobre la orilla opuesta del río de la Plata.

—Montevideo, río de la Plata... —repitió Marjorie, pensativa. Los nombres sonaban familiares a sus oídos.

—Estuve en verano y debo decir que hay muchos días de calor y humedad inaguantables. Y me cuentan que Montevideo es mejor que Buenos Aires...

—No puede ser nunca peor que Nueva Orleans, eso se lo ase-

guro, señor —lo interrumpió Marjorie.

—No se lo puedo discutir. Pero creo posible que fuera del verano Buenos Aires haga honor a su nombre. Así lo he escuchado y así ocurre, por lo demás, en las provincias argentinas que conozco, ubicadas en la misma latitud que Buenos Aires, así como en Chile.

—¡Pero ya sé! ¡Qué cabeza la mía, mi Dios! —dijo Marjorie, golpeándose la frente—. Ahora recuerdo donde leí sobre Buenos Aires y Montevideo, y su país. En el libro de un inglés que dio la vuelta al mundo hace pocos años y que pasó por esas ciudades. Se trata de un sabio que estudiaba huesos de animales extinguidos, antediluvianos, y la flora. Lo estuve hojeando en lo de unos amigos, hace pocos días. Al ver el interés que despertó en mí, me lo prestaron. Debo confesar que todo lo relacionado con los huesos no me interesó mucho pero me impresionó en cambio la opinión del autor. ¡Por Dios, como se llama! —exclamó frustrada y chasqueó los dedos como si ello mejorara la memoria—. Con “b” empieza, tengo el nombre en la punta de la lengua —y volvió a chasquear sus dedos—. Bueno, me voy a acordar en el momento menos pensado. La opinión del autor, decía, acerca de los rioplatenses es que son muy dados al juego, indolentes, sensuales..., y corruptos debo agregar. Se burlan de la religión, decía el autor... Banin o algo así... ¡Pero mire las cosas que le estoy diciendo acerca de sus compatriotas! ¡Qué imprudente!

—No se preocupe, señora, ¡por favor! En todas partes se cuecen habas, según el dicho español. Y debo decirle que concuerdo con las opiniones de ese sabio.

—Pero para ser justa, él también tenía opiniones muy favorables acerca de sus compatriotas del Río de la Plata: extremadamente amables con los extranjeros, tolerantes con otras religiones, con una prensa muy libre, preocupados por la educación, aunque muy ignorantes algunos de ellos. El autor... ¡Darwin, Charles Darwin! ¡Me acordé! Así se llama el autor —exclamó con alegría Marjorie, mientras para sí dijo: “No era con ‘b’ sino con ‘d’”—.

¡Qué mala memoria la mía! —Tras el monólogo volvió a decirle a Sarmiento—: Darwin, decía, relataba la sorpresa de los nativos al escucharle decir que la tierra es redonda —y se rió.

—Sí, puede ser, puede ser —asintió Sarmiento, más molesto por no conocer nada acerca del libro ni de su autor, sin querer confesarlo, además, que por las opiniones que relataba la yanqui acerca de sus compatriotas—. Los españoles poco se preocuparon por difundir la instrucción durante los trescientos años que dominaron a nuestros países. Además, desafortunadamente, algunas cosas buenas que halló el sabio del que usted habla, como la libertad de prensa, se han perdido en la Argentina —comentó con amargura.

—¡Qué pena! Pero debo decirle que algunas de las características que le he mencionado encajan perfectamente en los franceses y españoles de Nueva Orleans —y pensó nuevamente en el tarambana de su marido—. Ahora le quisiera preguntar, señor Sarmiento, si no es indiscreto, acerca del motivo de su viaje a nuestro país.

—Ninguna indiscreción, señora, ¡por favor! El gobierno de Chile me encomendó una misión en Europa para interiorizarme de métodos educativos (“y para alejarme de Chile porque mi prédica antirrosista le provocaba problemas con el gobierno de Buenos Aires”, pensó, pero no dijo, Sarmiento) y yo la prolongué a los Estados Unidos con igual propósito. Y mi deseo de conocer el único y verdadero país republicano del mundo se ha cumplido plenamente. Dentro de pocas semanas se cumplen dos años de mi partida desde el puerto de Valparaíso.

—¡Dos años! Una larga misión. Debe usted extrañar mucho a su familia —dijo ella mientras pelaba una manzana a su hija. “¿Será casado?”, se preguntaba, curiosa. El anular izquierdo de él no ostentaba alianza alguna por lo que se inclinó a pensar, correctamente, que era soltero, sin atreverse a intentar confirmarlo o desmentirlo.

—Bueno, sí —contestó él pensando en Benita y en el hijo de

ambos, Dominguito, nacido meses antes del comienzo de su viaje—. Pero la verdad es que en estos viajes se aprenden tantas cosas nuevas y se conoce a tanta gente interesante —y aquí Sarmiento creyó oportuno lanzar un piropo—, usted por ejemplo, que no queda mucho tiempo para pensar en la familia.

El piropo fue apreciado por Marjorie aunque le trajo la memoria de su difunto marido, también piropeador como correspondía a su ascendencia gala. Pensó si Sarmiento, del mismo tronco latino, sería tan pésimo marido como lo había sido Jean-Pierre.

A esta altura Sarmiento ingirió un pickle y tan amargo le pareció que disimuladamente lo sacó de su boca dejándolo en el plato. Ello no pasó inadvertido a una señora madura y algo regordeta sentada a su lado, que, curiosa, había seguido la conversación entre Marjorie y su vecino de mesa. Sin poder resistir las ganas de participar en ella, se atrevió a preguntar en bastante correcto francés.

—Perdón que me inmiscuya en vuestra conversación, pero he oído que el señor es extranjero, sudamericano. ¿Le puedo preguntar qué clase de comida se come en su país, señor?

—Sí, me puede preguntar lo que quiera, madame. En cuanto a la comida, en el campo se come carne a la mañana, carne a mediodía y carne a la noche. En verdad a mediodía y a la noche. A la mañana no se come nada. En la ciudad, se comen además verduras, choclo, mazamorra, locro, empanadas varias, frutas y dulces varios. Y como bebida tomamos vino, mi provincia es fuerte productora de buenos vinos, y aguardiente de caña de azúcar y de maíz. Es, en suma, una alimentación menos variada que la de acá, pero sana y sabrosa —con lo cual quiso decir que la comida de los Estados Unidos no lo era tanto. Sarmiento tuvo serias dificultades para traducir términos culinarios como mazamorra, locro y empanadas, para lo que precisó el auxilio de Marjorie.

Sarmiento agregó:

—Hace poco se ha comenzado a comer platos servidos en forma sucesiva, al estilo ruso, estilo ya adoptado en Francia y otros países europeos.

—¡Ah, mi marido me comentó que días pasados en el Senado, Jeremy es senador, ¿sabe?, también sirvieron un banquete de esa forma. ¿No es cierto Jeremy Whitetaker?

Pero el senador por Ohio Jeremy Whitetaker Clarke, marido de quien lo interrogaba, hombre de fuerte y amplia contextura física no había oído la conversación con Sarmiento, puesto que había estado hablando con el caballero que se sentaba a su izquierda, pasajero de la otra diligencia y, por lo visto, amigo suyo. Su mujer, Molly, tuvo entonces que ponerlo en antecedentes y cuando finalizó, el senador exclamó:

—¡Sí, es muy cierto! Fue en honor de no recuerdo quién. Pero sí recuerdo lo que se sirvió ya que nunca comí tanto ni tan bien en mi vida, a excepción, claro está de lo que me cocina Molly —dijo dándole cariñosos golpecitos en el brazo, que ella agradeció tomándole su mano—. El senador se detuvo, tomó un largo trago de vino de Madeira, pero no siguió hablando. Cuando se inclinaba hacia su vecino del otro lado para reanudar su interrumpida conversación, Molly, que así se llamaba, le preguntó:

—Bueno, pero contános qué es lo que tanto comiste.

—Ah, sí, lo que comí en ese banquete. Bueno, recuerdo la sopa, un pescado no recuerdo cuál, bife con cebollas, ¡pero no! antes comimos pavo, el bife, carne de cordero, jamón con jalea dulce, faisán, crema helada, lo mejor de todo, gelatina y fruta. Todos ellos servidos en rápida sucesión por unos mucamos negros muy *stilés* y regado profusamente con jerez blanco y oscuro, vino de Madeira y champagne. Tan profusamente, que varios comensales no se podían levantar de sus sillas —explicó el senador, riendo.

—Vos entre ellos, seguramente —conjeturó Molly su mujer.

—No sé cómo podés imaginarlo. Todo lo contrario, monté sin problemas sobre Molly, no ella —dijo señalando a su mujer—,